

otros á la cabeza. Hoy el viajero católico puede todavía contemplar la piedra rota de su sepulcro pegada á una iglesia que ya no es católica. Al contemplar este postrer monumento de tan noble memoria, no es posible negar un recuerdo de emocion y admiracion á un personaje que si no ha sido contado por la Iglesia entre los Santos, fue á lo menos el digno esposo de una Santa.

CAPÍTULO XXII.

Que los caballeros de Turingia obligaron al duque Enrique á arrepentirse de su traicion, y á hacer justicia á la amada santa Isabel.

Aperi os tuum muto, et causis omnium filiorum qui pertranseunt: aperi os tuum, decerne quod iustum est, et iudica inopem et pauperem.

(Prov. xxxi, 8, 9).

Concluidas todas las ceremonias de los funerales, llamó el señor de Varila á los caballeros cruzados, que rodeaban á Isabel, á fin de recordarles el compromiso que respecto de ella tenian contraido con el

Obispo de Bamberg. Retirándose á un lado todos, dijo el caballero Rodolfo: «Aho-
«ra lo que importa es cumplir lo que tene-
«mos jurado al Principe y á nuestra sobe-
«rana Isabel, que tantos trabajos ha sufri-
«do ya; pues de otro modo, temo yo que
«nos cueste el fuego eterno del infierno.»
Todos comprendieron este lenguaje; por-
que en aquellos tiempos los guerreros mas
esforzados y valientes no tenian á mengua
conducirse en el cumplimiento de sus de-
beres de esta vida mortal por el pensamien-
to de la otra vida. Determinaron, pues, de
comun acuerdo dirigir sobre la marcha al
duque Enrique y su hermano una amones-
tacion vigorosa y enérgica, encargando es-
pecialmente una mision tan dificil á cuatro
caballeros, cuyos nombres, dice el histo-
riador, merecen conservarse con una glo-
ria imperecedera. Era el primero el gran
copero, señor de Varila, encargado de lle-
var la palabra á nombre de los demás, ya
como el mas elocuente, ya como el mas in-
timamente relacionado con la Duquesa por
sus antecedentes; á éste seguian Ludolfo
de Berstetten, Hartwig de Herba y Gualte-
ro de Varila, pariente de Rodolfo¹. Prece-

¹ Mr. Stædtler cree que este Gualtero era el

didos de estos cuatro se presentaron los caballeros á los jóvenes Príncipes, á quienes encontraron acompañados de su madre, y se colocaron al rededor de ellos. Y el señor de Varila, encarándose con el duque Enrique, le dirigió las palabras siguientes, cuidadosa y muy justamente conservadas por los cronistas del país ¹:

«Señor: estos mis amigos y vasallos
«vuestros me dieron la comision de habla-
«ros en nombre suyo. En Franconia y aquí
«en Turingia hemos sabido de vos cosas

mismo padre de Rodolfo, y el que habia ida á Hungría á buscar á Isabel. Deja sentado que ambos caballeros pertenecian á la familia Schenk de Vargel.

¹ No se vaya á creer que esta arenga es una de tantas composiciones imaginarias con que los escritores de la antigüedad, y á imitacion de ellos los del renacimiento, adornaban sus relatos. Se la encuentra casi textualmente idéntica en tres narraciones de todo punto diversas entre sí: la de Teodorico de Turingia, la de Rothe, la crónica de Turingia y la de la *Vita Rhythmica*. La version mas extensa, y tambien mas notable, como parte de una historia general del país, y no solo de una crónica de la Santa, es la de Rothe. Esta es la que aquí reproduzco completándola por medio de las otras; y la que igualmente adoptó Mr. de Raumer en su excelente historia de los Hohenstaufen, t. III, pág. 581, donde proclama su autenticidad de una manera victoriosa,

«tan vituperables en órden á vuestra con-
«ducta, que nos llenaron de consternacion
«y vergüenza, al ver que en nuestra tier-
«ra y en casa de nuestros soberanos haya
«quien sea capaz de tal impiedad, de tama-
«ña infidelidad, y de olvidarse á tal punto
«de su propia honra. ¿Qué es lo que osás-
«teis hacer, joven Príncipe, y quién pudo
«daros tal consejo? ¡Cómo! ¿tuvisteis cora-
«zon para arrojar afrentosamente de vues-
«tros castillos y ciudades, como si fuese
«una mujer perdida, á la esposa de vuestro
«hermano, á la pobre y desolada viuda, á
«la hija de un rey ilustre, en vez de hon-
«rarla y protegerla segun era vuestro de-
«ber? En mengua de vuestra propia fama
«la arrojásteis en brazos de la miseria, y la
«dejásteis vagar como una mendiga. Mien-
«tras que vuestro hermano va á dar su
«sangre y la vida por amor de Dios, echás-
«teis léjos de vos á sus huerfanitos, en lu-
«gar de defenderlos y alimentarlos con el
«afecto y fidelidad de un tutor, y aun suis-
«teis causa de que los arrancaran del lado
«de su madre por no verlos muertos de
«hambre con ella! ¿Entendeis así la piedad
«fraternal? ¿os enseñó á portaros así aquel
«vuestro hermano y virtuoso Príncipe, que

«se hubiera guardado muy bien de hacer
«otro tal con el mas miserable de sus súbditos? No: ni un toscó campesino hiciera
«cosa tal con sus iguales; y vos, Príncipe,
«fuisteis capaz de tamaña traicion con vuestro hermano, mientras él iba á morir por el
«amor de Dios! ¿Qué caso quereis que hagamos de aquí para adelante de vuestra fidelidad y vuestra honra? No ignorais que,
«como caballero, sois obligado al amparo
«de las viudas y huérfanos; y sin embargo
«ultrajais vos mismo á la viuda y huérfanos de vuestro propio hermano! Os digo,
«Príncipe, y os lo digo bien alto, que esto
«clama venganza á Dios.»

La duquesa Sofía rompió á llorar oyendo los fundados cargos dirigidos á su hijo. Este, confuso y avergonzado, bajó la cabeza sin contestar palabra. El gran Coperó continuó su arenga: «¿Qué podíais temer, señor, de parte de una pobre mujer, enferma, desamparada, desesperada, sola, sin amigos ni aliados en el país? ¿qué mal pudiera veniros de ella, aun cuando quedara por dueña de todos vuestros castillos? ¿qué se dirá de nosotros en los demás países? ¡Oh vergüenza! confunde pensar en ello. Tened entendido que ofen-

«disteis á Dios, que deshonrásteis la Turingia, que manchásteis vuestra honra propia y la de vuestra noble casa; y temo en verdad que venga sobre esta tierra la ira de Dios, si no le aplacais con penitencias y os dais prisa en reconciliaros con esa piadosa señora, y restituir á vuestros sobrinos todo cuanto les habeis usurpado¹.»

Alónitos estaban los circunstantes oyendo las libres razones del caballero; mas Dios quiso que sirvieran para abrir brecha en un corazón inaccesible por tanto tiempo á las inspiraciones de la justicia y de la piedad. El Príncipe, mudo hasta entonces, rompió en llanto tan amargo y abundante que por algun tiempo le embargó la palabra; y despues dijo: «Me arrepiento de veras de todo cuanto hice; ya no mas escu-

¹ De propósito copio aquí esta arenga íntegra para demostrar cuál era la libertad de la nobleza cristiana en estos siglos que los historiadores de la monarquía absoluta y de la democracia llaman *la barbarie feudal*. Ciertó que estaban muy atrasados: no tuvieron la dicha de alcanzar la hermosa época monárquica en que el mariscal de Villeró enseñaba á Luis XV, niño entonces, el pueblo reunido bajo los balcones de palacio, y le decia: *Señor, todo esto es vuestro*.

«charé á los que me aconsejaron de esta suerte: volvedme vuestra amistad y confianza; yo ejecutaré gustoso todo cuanto de mí exija mi hermana Isabel; y para ello disponed libremente de mi vida y de mis bienes.» El señor de Varila le respondió: «Está bien: ese es el único modo de libraros de la ira de Dios.» Sin embargo Enrique no pudo contenerse de añadir en voz baja: «Aunque tuviera por tuyas mi hermana Isabel todas las tierras de la Alemania, nada de ello le quedaria; porque habia de darlas todas por amor de Dios.» Al punto partió Varila con sus compañeros á dar cuenta á Isabel del éxito feliz de su diligencia, y de como su cuñado Enrique deseaba reconciliarse con ella y hacerle justicia á toda costa. Cuando se tocó el punto de las condiciones que habian de imponerse á Enrique, exclamó la Duquesa: «Para nada quiero yo sus castillos ni sus ciudades, ni sus tierras, ni cosa alguna que pueda distraerme ni embarazarme en mis propósitos; mas recibiré gran merced, si mi hermano quiere darme, sobre lo que se me debe de mi dote, lo que yo he menester para los gastos que pienso hacer por sufragios para el alma de mi difunto

«esposo, y por la mia tambien ¹.» Entonces fueron los caballeros á buscar á Enrique, el cual, acompañado de su hermano Conrado y de la duquesa Sofia, se presentó á Isabel; y viéndola, pidióle que se dignara perdonarle todo el mal que le habia causado, del cual le pesaba muy mucho y se proponia desagraviarla á ella con toda largueza y lealtad. Isabel no le dió mas respuesta que arrojarle en sus brazos y derramar lágrimas, en lo que la acompañaron ambos hermanos y la Duquesa madre, sin que tampoco pudieran contener las suyas aquellos valientes caballeros á la vista de espectáculo tan tierno, recordándoles al dulce y gracioso Principe, lazo comun de toda aquella familia, y perdido irrevocablemente para ellos.

En los tratos quedaron igualmente asegurados los derechos de los hijos de Isabel, singularmente los del primogénito Hermann, heredero legítimo de los ducados de

¹ *Castra, civitates et oppida, quibus implicari et distrahi oportet, nolo. Verum pro his, quae mihi iure debentur, respectu dotis, peto exhiberi de gratia gratis mei, quibus uti, habere et expendere ad volum liberè mihi liceat pro salute dilecti mei defuncti et propria. (Theod.).*

Turingia y Hesse, cuya regencia quedaba de derecho, durante la minoría del joven Landgrave, al mayor de sus tios el landgrave Enrique. Arreglado todo, se separaron los caballeros cruzados para volverse á sus castillos; Isabel con sus hijos y la Duquesa madre partió para Wartbourg, de donde tan indignamente habia sido arrojada ¹.

No fueron solos el Obispo de Bamberg y los cruzados turingios á tomar la mano en la causa de la joven y santa viuda. Contribuyó tambien con todos sus esfuerzos á restablecerla en sus derechos uno de los príncipes mas famosos y valientes de la Alemania meridional, Conrado de Buswang, abad del célebre monasterio de San Galo. Segun los anales de esta abadía soberana, el Príncipe abad salió á la defensa de Isabel en virtud de un pacto celebrado entre ambos, de que él la ayudaria en las cosas de la tierra, á condicion de que ella habia de ser su abogada para con Dios.

¹ Era á principios de 1229 ó á fines de 1228.

CAPÍTULO XXIII.

Que la amada santa Isabel renunció á la vida del siglo; y de como habiéndose retirado á Marbourg, tomó allí el hábito del glorioso san Francisco.

Unam petii à Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitae meae: ut videam voluptatem Domini... Quoniam abscondit me in tabernaculo suo.

(*Psalm. xxvi, 4, 5*).

Pro Francisci chordula,
Mantello, tunicula,
Purpuram deposuit.

(Prosa antigua de santa Isabel, *Misal franciscano*).

Leal fue Enrique en cumplir su palabra: mientras tuvo á Isabel á su lado, trató de hacerle olvidar, á fuerza de cariñosos miramientos y obsequios, las injurias y disgustos que en otro tiempo le habia ocasionado. Despues de cuidar de que todos le guardaran los respetos debidos á su clase con los honores correspondientes, la dejó en plena libertad de entregarse, como lo hizo en efecto con el antiguo y acostum-